

mantuve fija para ver quien entraba: poco despues reconocí á mi anciano protector; traia á María, su hija soltera, mas venia vendada.

Cuando hubo entrado, quitó de sus ojos la venda y me dijo. Ya vez tú, hija mia, la confianza que contigo he hecho; ni mis propios hijos vienen á este lugar, sino con los ojos vendados para no saber nada, y solo hasta que cumplen los cincuenta años se les enseña este secreto, pero de tí he hecho gran confianza, y espero que no tendré que arrepentirme, porque tu corazon es noble, y no podrias pagar con una ingratitud esta prueba de mi cariño por tí y por tu hija; no es verdad señora que me serán fiel?

¿Podeis dudarlo? ¡Oh! jamás! Lo que habeis hecho conmigo no puedo expresar todo el inmenso fuego de cariño y gratitud que nuevamente ha engendrado en mi corazon! nunca hablaré nada que pueda comprometeros, antes moriria que traicionar vuestro secreto! ¡Oh! esto jamás, jamás.

Bueno, bueno, mi querida señora, así me gusta que me hables, ahora tengo confianza, y estoy ya tranquilo.

Siempre debeis tenerla, repuse con firmeza, y luego añadí; pero yo estoy sin ella, porque no sé nada de lo que ha pasado en el pueblo, y quiero

que me lo conteis, quiero saberlo todo, todo sin reserva alguna; ¿me comprendeis?

¡Sí te comprendo, pero por que quieres affigirte? Si yo te digo lo que ha sucedido, tu corazon se va á poner triste, y vas á comenzar á llorar como aquellos primeros dias en que te conocí, y yo no quiero que llores.....y yo no quiero verte triste!

Oh! no; complacedme, esclamé, porque la ignorancia me hace mucho mal: quiero saberlo todo; quiero que me conteis cuanto en el pueblo haya pasado, que yo por mi parte os ofrezco no affigirme ni llorar.

Me lo prometes.

Os lo prometo, le contesté con firmeza, y luego añadí: os lo ruego hable sin temor ninguno!

Entónces, queridas amigas, el buen anciano me lo refirió todo, me dijo que desde la víspera se habian presentado en aquel pueblo tres hombres muy sospechosos, y que por todas partes habian ido pidiendo informes de una señora jóven, que debia haber pasado por allí hacia poco mas ó menos de tres meses, que esta señora llevaba una niña como de un año en los brazos; y dieron todas nuestras señas.

Algunos les dijeron que en efecto habia yo pasado, y que me habian visto entrar en una casa que les señalaron, que no me habian vuelto á ver

desde entonces; pero que en el pueblo ya no estaba, porque lo que era el indio Juan, nunca engañaba á sus compañeros, y que habiéndole preguntado por mí, les habia contestado que estaba yo viajando; que habia yo comido aquel dia en su choza, pero que á la caída de la tarde habia partido por los cerros.

A los tres desconocidos les hicieron muchísima impresion las últimas palabras, y teniendo la certeza de que yo habia partido por allí, y que habia entrado en el sitio del anciano Juan, quisieron visitar este lugar; mas como entre los indios hay tanta fraternidad, pronto le dieron aviso al hijo del anciano, de la visita que pensaban hacerle; el muchacho lo habia avisado á su padre, que se encontraba en la puerta, y fué entonces cuando yo lo ví entrar sofocado, preguntarme por Julia, tomarla en los brazos, y partir: despues me refirió, cómo logró traerla hasta aquí, pocos momentos antes de que los desconocidos visitasen su casa, y que para encontrarlos en ella, habia partido prontamente apenas me habia puesto en salvo, luego añadió que los tres enmascarados habíanse por fin resuelto á partir, tomando el camino de los cerros, que fué el que él les indicó que habia yo seguido.

Algún tiempo despues me refirió que lo habian

amenazado con quitarle la vida, el dia que descubriesen que yo habia estado en su poder en aquella época, y que los tuviera todo el resto de su vida; porque lo que ellos una vez prometian lo sabian cumplir siempre.

Me informé entónces de las figuras de los tres personajes, y reconocí desde luego á los satélites de mi esposo: desde entónces comprendí que se me esperaba una persecucion tenaz y sangrienta, y temiendo comprometer la vida de aquel buen anciano, me propuse no volver mas á su chosa, y permanecer en la cueva todo el tiempo necesario hasta que se me presentara la oportunidad de partir á los Estados-Unidos, donde recidia el anciano, que en la muerte de mi padre me habia brindado su proteccion y su cariño.

Nueve meses pasaron sin que esta oportunidad se presentara: mi vida durante este tiempo fué la mas triste y monótona que puedan vds. imaginarse, encerrada siempre en aquella prision, no tenia mas compañía que la de Julia y María que jamas se separaban de mi lado.

De cuando en cuando, en compañía del indio Juan, salian al rapar el dia, ó á la caída de la tarde á pasear al bosque, allí al ménos respirábamos el aire libre, y gozabamos del encanto de la

naturaleza. Sin embargo, este placer se nos concedía muy rara vez; pues la prudencia lo exigía así, y nueve meses de prision y de encierro concluyeron por dañar mi salud.

Comprendí que mis fuerzas cada día se debilitaban, y en las mejillas de Julia tampoco veía brillar los colores de la vida; por el contrario, mi hija crecía raquítica, masilenta, y en su carácter se notaba un tinte de tristeza muy impropio de su edad, que despedazaba mi corazón!

Una tarde en que me sentía mas mal que de costumbre, ó en que contemplaba en mis brazos á Julia, triste y sin vida, me dije á mi misma.

Es preciso tomar ya una resolucion: permanecer por mas tiempo aquí, sería darnos una muerte lenta. . . . por otra parte, Julia necesita gozos y expansion. María es una pobre jóven á quien estoy sacrificando y quitando quizás su porvenir, y esto no puede ser! . . . mi prision debe tener un término.

Hace ya un año, que me separé de mi esposo, y Arturo habrá perdido ya la esperanza de encontrarme; por otra parte tomaré mis precauciones, y creo que el momento ha llegado de dirigirme á los Estados Unidos, donde podré al fin gozar de la deseada libertad! Sí, hoy mismo. Diré al buen Juan, que envíe á la Capital á

uno de sus hijos, para que se informe de Arturo, y pregunte tambien la salida de los vapores del puerto; combinaré bien mi viaje; usaré de cuantas precauciones se requieran, y una vez á bordo, Arturo no podrá matarme!

Con este pensamiento se reanimó mi espíritu, y esperé ansiosa la hora en que el buen anciano vendría á dejarnos nuestro alimento: llegó al fin, y los pasos de Juan que se aproximaban, me hicieron á mi pesar exhalar un suspiro.

En gran parte tenía razon, porque comprendía la impresion que mis palabras iban á hacer al buen anciano, y lo doloroso que le sería mi partida. Yo además conservaba por mi protector un cariño lleno de gratitud, siendo quizás este uno de los afectos mas grandes que puedan existir, y por lo tanto me era imposible ver con indiferencia aquellas buenas y sencillas gentes.

Verdad es, sin embargo, que mi permanencia á su lado habia sido un martirio para mí, porque aunque recibía sus consuelos, no podían satisfacerme, y comprendí entónces más que nunca cuán gran don es la inteligencia, para llenar las aspiraciones del corazón!

¿Qué consuelos me podían prodigar estas sencillas criaturas? ellas tan sólo me exigian que no llorase. . . que no me afigiera. . . que no me an-

gustiase. . . pero sin añadir ninguna razon para evitar estos sufrimientos! . . . Muchas veces cuando veian que no podian calmar mi llanto, lo que hacian era llorar conmigo, conmovidas por las lágrimas que me veian derramar: y ¿podria no conservar una gratitud inmensa por estas personas? ¡esto sería imposible!

Juan entró al fin, nos traia nuestros alimentos; al verlo tan cariñoso como de costumbre, sentí que me faltaba el valor para hablarle de mi partida; pero era preciso hacerlo, Julia por momentos se marchitaba, y no podia soportar la horrible idea de que quizás pudiera yo misma por mi negligencia tener parte en su muerte! . . .

Con esto tomé valor, y pensando en Julia, me propuse romper el silencio, y acercándome al anciano le tomé de la mano y le dije, Juan, tengo que comunicaros algo que conozco no os vá á gustar mucho.

Observé que Juan fijó en mí sus ojos con asombro, y dándoles una expresion muy marcada de interrogacion me se quedó viendo: para calmar su ansiedad continué:

Disimuladme, Juan, conozco que no me comprendeis, y que mis palabras os causan admiracion y extrañeza al propio tiempo;—teneis razon—pero es preciso! . . .

Las lágrimas, arrancadas en este momento por la fuerza de la gratitud, cortaron mis palabras; pero luego reponiéndome y dándome valor continué.

Sabeis demasiado lo que os quiero tanto á vos como á vuestra familia toda; á vos mas, sin embargo, porque hablando propiamente habeis sido mi amparo, mi amigo y mi protector!

Si Juan, no encontraria ni acciones con que poder manifestaros la inmensa gratitud y cariño que habeis exitado en mi alma; os quiero como al más fino amigo, como al mas generoso protector.

Vos me habeis servido de padre, habeis librado de la muerte á mi hija, y durante un año me habeis prodigado toda clase de consuelos y atenciones: ¡Oh! yo jamás podré olvidarlo! los beneficios que me habeis hecho, no se borrarán nunca de mi memoria!

Sin embargo, amigo mio, ha llegado el momento en que debemos separarnos, en que debo alejarme de vosotros.

Julia está cada dia mas marchita, mi salud por momentos se acaba, y el interes de una hija reclama mi presencia en otra parte: ya veis que es preciso que parta, y que no es por mi voluntad que os abandono!

Al hablar así, me acerqué mas á Juan que lloraba como un niño, y no pude contener mi llanto; al ver correr las lágrimas del pobre anciano.

Este guardó un momento silencio, y despues entre lágrimas y sollosos me, dijo!

Nó, mi buena señora, tu no te vas; ¿qué hemos hecho para que quieras dejarnos? todos te queremos mucho, y ya no podriamos vivir sin tí, no te vayas, por que el indio Juan moriria de tristeza!

Al hablar así el buen anciano, fijaba en mí sus ojos arrazados en lágrimas, Maria, al escuchar las palabras de su padre, se arrojó llorando á mi cuello, y rodeándome con sus robustos brazos me decia.

Nó, tu no te vas, no puedes dejarnos!

El corazon se me despedazaba ante el dolor de aquellas buenas gentes que tanto me querian, á quienes tanto debia, y á quienes por mi causa así veía llorar y sufrir...

Por un instante pensé quedarme á su lado, y sacrificar á la gratitud los pocos años que me quedaban de vida, mas luego pensé en Julia; ¿podria yo sacrificar á mi hija? nó, jamás; su felicidad era el único lazo que me ligaba á la tierra, y por ella debia sacrificarlo absolutamente todo.

Alentada por este pensamiento, fijé mis ojos velados por el llanto en el rostro macilento de mi hija, y á su vista sentí que renacia en mí el valor; imprimí un beso en la pura frente de Maria, enjugué yo misma las lágrimas del anciano, y dando á mi voz toda la ternura posible.

Cálmense amigos míos, les dije sentándome á su lado, vuestras lágrimas me hacen daño, vuestro dolor despedazá mi alma! ¿Creis acaso vosotros que yo no os quiero? ¿me juzgais tan ingrata, que no sintiere separarme de vosotros...? No lo creo; debéis comprender que es solo el amor de Julia el que me impulsa, su felicidad sola me guía; vos sois padre, Juan, y podeis comprender mejor los sentimientos de mi alma! ¡Oh! no veis que mas tarde quizas no sería ya tiempo para lograr la salud de esta niña...! y si luego la viese llena de sufrimientos pasar su existencia sumergida en las enfermedades mismas, que por mi causa habia contraído, y la contemplase triste y abatida; ¿Creis que un remordimiento perenne no sería el fruto de mi condescendencia? ¡Oh, Juan! Vos mismo no comprendéis el inmenso sacrificio que hago al dejaros.

Vuestro cariño era el único consuelo que tenia en esta tierra, llena de lágrimas, cubierta de es-

pinas y de abrojos, y al abandonaros de nuevo me falta todo...!

Juan no me pudo ya contestar, porque su llanto era tan copioso que le embargaba el uso de la palabra: mi angustia crecia por momentos.

¡Por Dios! Juan, exclamé dando á mi voz el acento mas tierno: ¡no lloreis ya Maria, por piedad! ¡conten tu llanto! quizás nuestra separacion no sea por toda la vida. Dios ha de permitir que nos volvamos á ver, y pueda yo entonces ya sin peligro permanecer á vuestro lado!

¡Oh! yo les queria infundir una esperanza que distaba mucho de tener; pero era preciso hacerlo así, para minorar los tormentos de aquella generosa familia!

¡No, no te vayas, por Dios! eran los continuos lamentos de aquellas pobres gentes, y yo no pudiendo mas, comensé á llorar con ellos.... media hora se pasó así, cuando Julia, que habia estado entretenida al ver mis lágrimas, corrió hácia mí exclamando: ¡Por qué lloras mamá? ¡Oh! no llores, porque viendote llorar no sé que siento!

Su semblante empalideció... sus ojos se cerraron, y abrazándome fuertemente sentí que su corazon latia con violencia...!

Como aquello no era natural, y podria ser el síntoma de alguna enfermedad, se me representó

luego al punto, con mas fijeza, como cierto la muerte de mi hija, y me parecia que dentro de una hora la iba á tener yerta entre mis brazos...!

No puedo negar que era yo algo exagerada; pero en el amor maternal la exageracion racional no puede ser un crimen.

Juan, exclamé llena de un sobresalto que iba en aumento, sacadme por Dios ahora mismo de este subterráneo! mirad como se encuentra Julia! Se va á morir, le falta el aire y con él la vida! Sí, Juan, por compasion salgamos fuera!

El pobre indígena se afligió demasiado al ver mi angustia, porque olvidó por un momento sus penas por pensar en las mias; tomó en sus brazos á Julia, y pronto nos encontramos en el campo: allí se fué animando poco á poco mi hija, y algo despues se entretenia en correr por el verde prado... mas no tenia su cuerpo aquella fleccibilidad propia de las criaturas de su edad, y esto angustió sobre manera mi corazon!

Una vez fuera del subterráneo, propuse á Juan que nos llevara otra vez á su choza, pero noté que se resistia: interrogué entonces la causa de aquella resistencia, que por cierto no comprendia y me parecia muy extraña, y me dió algunas razones que no pudieron menos de dejarme plenamente satisfecha; pues me manifestó que seria una im-

prudencia bien grande partir al pueblo despues de lo que habia acontecido; porque podria ser fácilmente descubierta por los que me perseguian; pues, como todos los habitantes de aquel lugar tenían la firme creencia de que no me hallaba allí, viendome aparecer, muy fácil sería que me vendiesen aquellos á quienes habian prometido una buena recompensa los espías, y entonces sería yo perdida sin remedio.

Medí pensando las palabras de Juan, y entonces me asaltó una idea que vino á afirmar mi resolución, ¿cuál fué esta? la siguiente:

Pensé que no solo me comprometia yendo de nuevo á la choza de Juan, sino que ademas comprometia seriamente á la pobre familia de mi protector, y sobre todo á él mismo.... y pronto me aparté de tal pensamiento; pero esta resolución entrañaba otra igualmente fuerte, y esta era la de marcharme pronto con Julia, porque nos era imposible permanecer en aquel lugar, que estaba infiltrando una enfermedad en el interior de mi hija querida! entonces dirijiéndome al buen anciano le dije. Mirad, Juan, volved á vuestra choza, y hacedme el favor de enviar á la capital á uno de vuestros hijos, para que se informe del lugar en que se encuentra Arturo X. y que me traiga sin dilacion la respuesta.

El buen anciano, que no adivinaba mis planes, partió presuroso á cumplir mi deseo; entretanto yo en compañía de Julia y de Maria nos quedamos en el bosque á la sombra de un árbol, Julia se sentia feliz sin duda al verse libre en el campo, y comenzó á correr jugando festiva por el fresco y verde cespéd: así transcurrieron cuatro horas, que fueron para mí de mortal angustia y agonía; esperaba ansiosa el regreso de Juan que debía traerme la anhelada noticia: por fin llegó; serian las seis de la tarde, el sudor corria por su frente, y en su rostro se pintaba la tristeza.

Tus deseos están cumplidos, me dijo al verme: José ha vuelto ya con la noticia de que D. Arturo hace tres meses se fué para Europa.

Esta nueva, como es de suponerse, me causó sumo contento.

¿Conque no está ya en la capital? Lo averiguaria bien José?

Sí señora, en la capital no está ya; se fué no te quepa duda, porque mi hijo José es entendido y jamás miente.

Bien, querido Juan, ahora quiero que me vayas trayendo poco á poco á tu familia para decirles adios; porque esta misma noche hijo mio partiré de aquí. El paquete americano debe salir dentro de seis dias, y es preciso que en la capital

me prepare un poco para el largo viaje que voy á emprender ; me comprendes?

Esta misma noche parto, traeme pues á tu mujer y á tus hijos, para decirles adios y darles un abrazo.

El buen indio volvió de nuevo á conmoverse, pero conociendo sin duda que todo era inútil, partió.

Una hora despues se presentó con su familia toda: entonces tuvo lugar otra escena de ruegos y de lágrimas bien tierna, que no referiré á vds. por no cansarlas.

Por fin me despedí de aquella familia, que no quizo admitir ni un solo centavo en recompensa de sus servicios. A las 8 una de las hijas con su cuñado y el resto de la familia se encaminaban al pueblo, en tanto que Juan, sus dos hijos, Julia y yo, tomábamos el camino de la ciudad; íbamos por supuesto todos á pié, ménos Julia á quien llevaba en los brazos José.

No referiré á vds. tampoco las dolorosas conversaciones, que sostuve con mis compañeros durante el trayecto; cuando llegamos á la garita que estaba cerrada tuvimos que descansar en ella: á las cinco de la mañana entramos, y entonces tuvo lugar la terrible despedida con Juan, que fué para mí tan amarga que no podré jamás olvidarla.

¡Ay! aun en este momento me impresiona mucho su recuerdo!

Si Julia no hubiera estado de por medio, al ver correr las lágrimas del pobre anciano, y al escuchar sus tristes lamentos, el valor me habria faltado, y no habria dudado sacrificarme pasando el resto de mi vida al lado de aquellas pobres gentes, tan llenas de sencillez y de bondad!

Amigas mias, no quiero detenerme refiriendo á vds. pormenores sobre esta despedida, porque es muy reciente aun su recuerdo, y me hace daño; Juan y sus hijos querian acompañarme hasta el puerto; pero yo les manifesté que no era posible, porque me podrian dar á conocer; y al ver que faltaba de su pueblo, infundiríase quizás alguna sospecha: Juan convino entonces en lo que le manifestaba, y una vez en el centro, me abandonaron prorumpiendo en gritos y lamentos que con trabajo podian contener.

Entonces tuve yo tambien que refugiarme en un zahuan, para poder dominar mi inmensa emocion.

Poco es ya, amigas queridas, lo que me resta que referir á vds. Me alojé en un hotel de los de segundo orden, donde nadie se ocupara de mí, y en los tres ó cuatro dias que permanecí en la ca-